



PlayGroundNoticias



[Noticias](#) | [Artículos](#) | [Ficciones](#) | [PlayGround TV](#)

newsletter Noticias, temas...

Historias

Probablemente, la noche más importante de la historia

"El 4 de noviembre fue el día más grande de mi vida. Este día tuvo la manifestación más importante de la historia de la RDA"

Por: Felix Denk, Sven von Thülen, viernes 30 de octubre de 2015



* *Extraído de Der Klang der Familie. Berlín, el techno y la caída del Muro.*

Disponible a partir del 2 de noviembre vía Alpha Decay. Berlín siempre ha sido la capital espiritual del techno

Fotografías de Ben De Biel

Cosmic Baby: En cuanto hombre político, el 4 de noviembre de 1989 fue el día más grande de mi vida. Era un sábado lluvioso, frío, y reinaba una enorme expectación. Me encontraba en medio de una gran multitud en Alexanderplatz. Nadie sabía qué iba a pasar. Cientos de miles de personas podrían haber corrido en dirección al Muro. O hacia el Ayuntamiento. ¿Qué podía hacer la policía? Todo el mundo sabía que aquél era un día especial. Acariciábamos la posibilidad de asumir las riendas de la historia. Este día tuvo lugar la manifestación más importante de la historia de la RDA. Cerca de un millón de personas se congregaron en Alexanderplatz e inmediaciones para exigir libertad de prensa, de expresión y de manifestación. Era la primera gran manifestación promovida por el pueblo, no por el aparato estatal.

Mark Reeder: En la noche del 8 al 9 de noviembre me fui de vacaciones con unos amigos. Queríamos ir a Rumanía, cruzando Polonia, Checoslovaquia y Hungría. No me enteré de lo ocurrido hasta al cabo de diez días, en un hotel húngaro.

Kati Schwind: Yo vivía justo al lado de Schlesisches Tor [en Berlín Oeste]. Con Jonzon y una amiga. Recuerdo perfectamente que estaba en la cocina fregando los platos. Oía los *Tagesthemen* que llegaban desde la habitación contigua, y Hanns Joachim Friedrichs, el presentador, dijo: «La de hoy es, sin duda alguna, una de las noches más importantes de la historia de Alemania. Quizá deberíamos guardarnos de utilizar expresiones tan grandilocuentes, pero...».

Clé: Yo lo vi en la tele. Había una rueda de prensa con Walter Momper, en la que éste se levantó y dijo que debía marcharse donde lo llamaba el deber. Allí me di cuenta de que pasaba algo. Entonces quedé en el Kumpelnest, en la Potsdamer Straße, con dos o tres personas. Fuimos directo a la Puerta de Brandemburgo y luego, tras cruzar el paso fronterizo de la Invalidenstraße, a Berlín Este.

Kati Schwind: Fuimos de inmediato al Oberbaumbrücke. Había varias personas con un deje de vergüenza en la mirada. Pensé: «¿Son mis hermanos y hermanas del Este?» No tuve en absoluto la impresión de tener nada en común con ellos. Sin embargo, quería cruzar el puente a toda costa. Era uno de mis sueños. Pero no me dejaron. Del Este al Oeste sí se podía, pero no en sentido inverso.

Uwe Reineke: Yo estaba con Jonzon y algunos amigos más en el Mitropa, en la Wrangelstraße. De repente entró alguien y dijo que habían abierto el Muro. Al principio pensamos que le faltaba un tornillo. Pero al poco rato salimos a echar un vistazo. Cogimos las bicis y fuimos en dirección a Checkpoint Charlie. No estaba muy lejos. De camino nos dimos cuenta de que algo pasaba. Del so36 hasta la Kochstraße, no había ningún bar, ninguna tienda, nada que estuviera abierto. Llamaba la atención que de pronto pasaran coches o que hubiera alguna gente circulando. Cuando llegamos a Checkpoint Charlie, nos quedamos un rato mirando cómo la gente del Oeste festejaba la llegada de los Trabbis golpeándolos en el techo. Decían cosas como: «¡Hurra! ¡Mis hermanos y hermanas del Este ya están aquí!». Nosotros no somos lectores del *Bild*. Era divertido, pero no sabíamos muy bien qué pensar. Éramos incapaces de calibrar la importancia del momento. Luego volvimos al Mitropa a terminar de asumirlo.

Johnnie Stieler: A mí me pilló en Leipzig, luchando por otra forma de socialismo. Había un congreso en el que se reunían los primeros sindicatos de estudiantes de la RDA. De pronto entró una funcionaria de la Stasi con un telex en la mano en el que se decía que el Muro estaba abierto. En ese momento no causó una gran sensación, porque el congreso prosiguió como si nada. Luego sí que nos fuimos todos a casa sin perder tiempo.



DJ Jauche: Yo estaba bailando en el Café Nord en la Schönhauser Allee [en el Este]. Entró un tipo, se acercó al dj y le dijo algo. Entonces el dj apagó la música, cogió el micro y anunció que el Muro estaba abierto. La música volvió a sonar en medio de una gran confusión. Al principio, todo el mundo se sentía solo, con esa información. Yo seguí bailando, a diferencia del amigo con el que había ido, que estaba excitadísimo y quería marcharse enseguida. No paró y se relajó hasta que me hubo convencido de acompañarlo a pie hasta la Bornholmer Straße.

Wolle XDP: Mi novia y yo queríamos ir al Operncafé. Cuando llegamos, el portero nos preguntó que hacíamos que no estábamos en el Oeste. Al principio no entendimos a qué se refería. Éramos los últimos mohicanos. El ochenta por ciento de nuestros amigos estaba ya en el Oeste. Se habían marchado todos. Pero era imposible que él lo supiera. Volvimos a casa, pusimos la tele y nos enteramos de la noticia.

DJ Jauche: Conforme íbamos a la Bornholmer Straße, la afluencia de gente que quería cruzar la frontera era cada vez mayor. Fue entonces cuando me dije por primera vez: «Ok, aquí pasa algo». Cuando llegamos al puesto fronterizo, aún estaba cerrado. Poco después levantaron las barreras y hubo una avalancha. Algunas personas mayores que no se atrevían a cruzar la frontera se echaron a llorar. Tenían miedo de no poder regresar. A mí eso no me preocupaba. Quería largarme a toda costa. Y no hacía más que pensar: «Ahora todo va a ser distinto. Podré hacer lo que siempre he querido hacer».

Wolle XDP: La primera pregunta era: «¿Nos van a dejar volver a entrar?». Cuando vimos las colas de gente que quería salir, comprendimos que no les quedaba otra. Si no, se habrían quedado solos. En algún momento nos encontramos en la estación de Zoo. No sabíamos qué hacer. Primera idea: llamar a Arne. Por supuesto, estábamos sin blanca. A mi novia, que por entonces trabajaba en Intershop, le quedaban veinte céntimos, pero nos faltaban diez. Los tuvimos que pedir. El problema era el siguiente: yo me sabía de memoria el número de Arne, porque cuando querías llamar del Este al Oeste tenías que marcar el número diez mil veces hasta que finalmente conseguías contactar. Como a él le salía más barato, Arne colgaba enseguida y me devolvía la llamada. Y eso era, obviamente, lo que tenía que evitar.

Arne Graham: De repente me llamó Wolle y me dijo, entre gritos, que estaba en Zoo. «Que sí, que sí», le dije yo. Pero él insistía. Me dijo que mirara por la ventana, que vería las calles repletas de Trabbis. Pero por entonces yo vivía en Spandau, en el culo del mundo, donde incluso era raro ver tráfico en la calle principal. Miré por la ventana y enseguida vi que Wolle tenía razón.



DJ Jauche: En la Bornholmer Straße nos abrimos paso a empujones por

entre la multitud y conseguimos llegar al otro lado. Berlín Oeste estaba durmiendo. No había mucho movimiento. Pero enseguida se animó. Cogimos el metro y fuimos directo al Ku'damm. Había tanto anuncio luminoso que hasta me dolía la cabeza. Era como si llevaras toda la vida viendo la tele en blanco y negro y, de pronto, hubiera un programa en color. Luego fuimos al Europa-Center, porque queríamos ver las vistas de la ciudad. Una vez arriba, al salir del ascensor, te encontrabas directamente dentro de un bar. Estaban celebrando una fiesta de cumpleaños por todo lo alto. La de un antiguo compañero de clase que, un año atrás, había salido con toda su familia. Nos miró atónito. Y nosotros a él. Nos preguntó de dónde salíamos. Y le dijimos: «¡Han abierto el Muro!».

Clé: Entramos en Berlín Este con un pequeño de grupo de gente a la que no conocía de nada. Íbamos en sentido contrario a la muchedumbre. El ambiente era sombrío, no había escaparates, todo muy frío, aunque nadie lo sentía como tal. En las calles adyacentes no había un alma. Para un berlinés del Oeste, era un panorama realmente espeluznante. En determinado momento llegamos a la parte trasera de la Puerta de Brandeburgo. La policía nos dijo: «Tengan la bondad de volver a sus casas. Estamos intentando poner un poco de orden». Y, obedientes, volvimos al Kumpelnest y nos pusimos ciegos.

Arne Graham: Quedé con Wolle y su novia en Zoo. Estábamos en el Ku'damm, en medio de la multitud. Los encuentros que se producían allí eran de índole bastante folclórica. Al principio echaba un poco para atrás, aunque tampoco podíamos escapar a la euforia generalizada. Pero entonces decidimos ir a nuestra bola. Pasar toda la noche riendo y saludando como tontos no era nuestro rollo.

Wolle XDP: De camino a casa de Arne compramos una botella de champán en la gasolinera de la Martin-Luther-Straße. La descorchamos en su casa y pasamos toda la noche hablando.

DJ Jauche: Cuando volvías a la frontera, todo era muy raro. No llevábamos pasaporte ni nada por el estilo. ¿Nos van a dejar volver a entrar? Pero los guardias fronterizos ya no hacían ningún control. Se limitaban a estar allí y a hacer señas para que la gente circulara.

Kati Schwind: A la mañana siguiente, cuando me desperté, el aire estaba cargado. Algo pasaba. Cuando miré por la ventana, casi me da algo. Por todas partes había gente con la cabeza gacha, el pelo rubio ceniza y vaqueros lavados a la piedra. Nadie decía nada. Todo el mundo observaba la escena emocionado y se dirigía por el Oberbaumbrücke en dirección a la oficina de Correos de la Skalitzer Straße, donde se había formado una enorme cola de gente que esperaba el dinero de bienvenida. No daba crédito a lo que veía. Bajé por tabaco, y entonces oí que uno de ellos me decía, con marcado acento sajón: «Que una tipa como tú pueda ir tranquilamente así por la calle...». No podía más. Pensé: «Gilipollas, ¡vuelve al otro lado del Muro!».

DJ Jauche: Al día siguiente fui enseguida a buscar platos con control de *pitch* para pinchar. No fue fácil dar con unos. Al final tuve suerte y los encontré en una tienda que había en la Potsdamer Straße. Eran una imitación de los de Jim Carson. Una auténtica mierda. Los devolví al cabo de una semana y me compré un Technics. No me llegaba para más. Tuve que esperar otra semana a reunir el dinero para un segundo. Al día siguiente me fui a Pinky Records, en Steglitz.

Thomas Elias: El primero que vino a verme fue un antiguo colega de mis tiempos de breakdance. Estuvimos en mi casa con algunos amigos y nos liamos varios porros. Para él era algo completamente nuevo. Entrada la noche,

me acompañó a buscar chocolate a la gasolinera. Cuando estábamos de vuelta, ya desde el ascensor, oí cómo Dieter no podía contener la risa. Entré en el recibidor y vi a mis padres sentados entre mis amigos, que iban completamente fumados, mientras sonaban discos de Trax Records. Venían a saludar. Aquello sí que era un ataque por sorpresa. Nunca hubiera imaginado que volvería a ver a mis padres tan pronto. Mi madre se limitó a decir: «Hay que ver lo bonito que es tu equipo de música, Thomas».



Wolke XDP: El viernes queríamos salir. Yo dije: «Me da igual lo que hagamos, con tal de que vayamos al Ufo». Arne se sorprendió: «¿Y de qué conocéis vosotros el Ufo?». Yo no sabía que él lo frecuentaba y que ya no estaba tan metido en el punk. Así que fuimos todos. En un Opel Manta rojo con llamaradas pintadas en los costados y asientos deportivos también de color rojo. Arne lo había pedido prestado porque tenía el coche estropeado. Nos dijo que el primero que hiciera una broma, tendría que ir a pie. Lo que yo no sabía era que en el Oeste se hacían muchos chistes sobre el Manta. Primero pasamos por el Madhouse, en la Hauptstraße. Allí había una mezcla de góticos y psychobillies. Los góticos tenían una pinta brutal. Estaban blancos como la pared. Pensé: «Estos la palman aquí mismo». Cuando sonaba The Cure, saltaban a la pista como fantasmas, tres pasos adelante, tres hacia atrás. Cuando el dj hacía una señal, los psychobillies se abalanzaban sobre la pista con sus zapatos de punta y los góticos se dispersaban como espantajos. Una vez en el Ufo, me asombró comprobar lo pequeño que era el local. No tenía nada que ver con el Roxy de Beat Street. No había mucho movimiento. La gente bailaba como en Los Teleñecos. No parecían muy preocupados por su aspecto. Tampoco había que temer que te partieran la cara. Después del Ufo, Arne nos llevó al paso fronterizo de la Invalidenstraße. En el último momento se decidió a cruzar con nosotros. Quería ir a ver a sus padres.

Arne Grahm: Me di un garbeo por Berlín Este con el portero del Schoppenstube, con el que había hecho kárate durante muchos años. Íbamos borrachos y puestos de *speed*. También venía más gente. No sé cómo, nos vimos envueltos en una pelea. De repente vi que, delante de mí, había dos tipos en el suelo, y pensé: «Tienen que haber sido otros». Yo apenas me tenía en pie. Fue un día muy confuso. Por la noche, atropellaron a un amigo delante del Operncafé. Vino corriendo hacia mí y un taxi se lo llevó por delante. No podía ser menos oportuno. Tuvimos que llamar a la pasma y llevarlo al hospital. Estuvimos por supuesto mucho rato, y fue por eso por lo que llegamos a la frontera con media hora de retraso. En condiciones normales, tendríamos que haber vuelto a cambiar veinticinco marcos, pero los guardias fueron tan amables que no tuvimos que pagar nada. Crucé la frontera con Zappa y nos fuimos directo al Ufo.

Zappa: Para nosotros, el Ufo era el paraíso en la tierra. Pinchaba Der Würfler.

Quizá no habría más de treinta personas, pero fue genial. Estoy más que seguro de que fuimos los primeros *Ossis* en ir, y nos sentimos como peces en el agua. A pesar de que nuestra indumentaria desentonara un poco. Al principio creí que no les gustábamos. No sabía descifrar las miradas y no me atrevía a bailar de verdad. Pero más tarde me acerqué a Tanith y posteriormente a otros y hablé con ellos. Y allí constaté que les caíamos bien y que nos habían acogido calurosamente. A partir de entonces fui todas las semanas.

Arne Grahm: De pronto veía gente que estaba convencido de que no volvería a encontrarme en la vida. Volví a ver a mi familia y a mis mejores amigos, y al mismo tiempo volvía a cruzarme también con individuos por culpa de los cuales en su día había querido largarme. Toda la panda de delatores y «figuras» del socialismo.

Johnnie Stieler: Los lunes la gente del mundillo iba al Operncafé. Un día me dejé caer por allí y de pronto me encontré con todos los exiliados, como si nunca se hubieran marchado. Di media vuelta y me fui. Pensaba: «¿Es lo que quiero ahora?».

Zappa: Con el dinero de bienvenida me fui directo al City Music de Ku'damm y me gasté el billete de cien marcos en discos. Chaka Khan, Frank Zappa, LL Cool J y algunos más. Al principio me sentí increíblemente feliz. Luego, ya en casa, me dije: «El mundo se hunde y yo puedo comprarme todo esto sin problema».

DJ Jauche: Detrás del puesto fronterizo de la Bornholmer Straße, en el lado Oeste, había un camión que repartía plátanos y chocolate. Me pareció de muy mal gusto. No compartía nada de todo aquello. Me avergoncé de ser ciudadano de la RDA.

Arne Grahm: Me irritó que los plátanos y el tipo de cambio se celebraran como se celebra un gol en el fútbol. Y que en las primeras elecciones en Sajonia, que era el feudo de los comunistas más severos, el lugar de donde provenían los maestros de ruso y de instrucción cívica, ganara de repente la CDU fue para mí la máxima expresión de la corrupción moral.

Spezial: Yo estaba muy cabreado. Lo dejas todo, te largas y de pronto te encuentras con que toda aquella panda de memos vuelve a estar allí. No me refiero a mis colegas, sino a esas hordas de idiotas que se congregaban en el Ku'damm y dejaban que les tiraran plátanos y paquetes de café. Permitir que los del Oeste te traten así... Actuaban como si en el Este sólo tuviéramos ladrillos para comer. Asistir a aquella situación penosa era bastante duro.



Johnnie Stieler: A mí no es que me alegrara excesivamente. El Muro se abría y nosotros podíamos ir al otro lado. Pero Berlín Oeste, que era una ciudad repleta de gente increíblemente provinciana y estrecha de miras, no era que digamos muy apasionante. Se parecían todos a Günter Pfitzmann, o salidos de la serie *Drei Damen vom Grill*. No podían ir peor vestidos. El Ku'damm era cualquier cosa menos una avenida con glamour. Si al otro lado hubiera habido una ciudad como París, o Londres, o Múnich, o incluso Colonia, habría flipado. Pero un nido de provincianos como aquél, subvencionado, no sé, me parecía triste.

Kati Schwind: Luego empezaron los primeros días complicados. Quería que volviera el Muro. Lo digo en serio. Me parecían todos unos idiotas. Iban hechos una mierda, se comportaban como tontos y por la noche ya no había fruta. Era imposible entrar en el metro, y las colas en la tienda del sex-shop de Beate Uhse daban tres vueltas a la manzana. Era bastante desagradable.

Mark Reeder: Estando en un hotel en Hungría, leí en una revista: «Las tropas fronterizas empiezan a derribar parte del Muro». En ese momento supe que mi pequeño Disneyworld privado acababa de desaparecer. De regreso a Berlín Oeste, me encontré con Trabbis por todas partes. En la estación de Zoo vendían un paquete por 99 marcos: una cazadora de cuero hecha de retales, vaqueros lavados a la piedra y zapatillas deportivas. Todos los zombies de la zona —que es como los llamábamos— se compraron uno. Ejércitos de personas iban por la calle vestidas de esa guisa. En Berlín Este, el sentimiento era otro. De repente, los guardias se habían convertido en personas simpáticas y agradables, ya no eran tan gilipollas como antes. A la gente le había cambiado radicalmente el humor. Estaba más alegre, más positiva.

Uwe Reineke: Lo interesante fue cuando, poco a poco, el Muro fue abriéndose por todas partes. El proceso se prolongó durante semanas y meses. Oíamos: «Han abierto Potsdamer Platz, han abierto Pariser Platz, han abierto Bernauer Straße». Yo me entregué al turismo de la reunificación. Cruzamos al Este por un lado de la Pariser Platz. Una vez allí, nos entrevistó la televisión australiana. Al volver, pasamos casi por debajo de la Puerta de Brandeburgo; había dos bloques del Muro que estaban abiertos y nos hicimos pasar por ciudadanos del Este, gritando «¡Libertad!» mientras entrábamos en el Oeste. La gente se abalanzaba sobre nosotros y nos metía dinero en los bolsillos. Lo repetimos varias veces.

Stefan Schvanke: Aquel delirio nacionalista era una pesadilla. Fui con un amigo al Muro y, para bromear, nos pusimos a reconstruirlo con un par de piedras. Por poco nos linchan. Sólo por cuestionar un poco su Alemania reunificada. Todo muy siniestro. Supimos de primera mano quiénes son en realidad y cómo las gastan los lectores del *Bild*.

DJ Jauche: Dos semanas después me llamaron a filas. Pensé: «¿Pero ahora qué quieren?». En el Este sólo podías objetar si eras miembro de la Iglesia; si no, ibas al trullo. Así que me presenté y pasé el examen médico, como si nada hubiera ocurrido. Estaba en la habitación con aquellos seis tipos del ejército, que querían expedirme la cartilla militar. Les dije que no iba a hacer la mili. Y me contestaron: «¿Cómo que no vas a hacer la mili?». Y yo: «Ya me disculparán, pero acaba de caer el Muro. Nadie sabe cómo va a terminar todo esto, pero en todo caso yo la mili no la hago».

Tags: [música](#), [Historia](#), [sociedad](#), [política](#)

¿Te ha gustado este contenido?...

 [suscríbete a nuestra newsletter](#)

 [suscríbete a nuestro RSS](#)

¡No te pierdas nuestros vídeos diarios!

Error loading player: No playable sources found



Comentarios

0 comentarios

Ordenar por: Los más antiguos ▾



Añade un comentario...

 Facebook Comments Plugin

También te gustará



Columnas

A veces, la familia no es lo más importante

Hay relaciones que son como un objeto roto, a veces es mejor deshacerse de él que intentar arreglarlo rápido y mal con un poco de pegamento



Columnas

La adicción al embarazo y otras formas subversivas de ser madre

Cuando un biberón se convierte en una bomba.



Actualidad

El dilema de prohibir el manga con sexo infantil

La cuestión es si todo este material erótico y pornográfico alrededor de la juventud y la infancia fomenta la pedofilia o no.



Actualidad

Así devora tu cuerpo el estrés

"Debemos ver el estrés como un desafío que podemos controlar y dominar".



Historias

Probablemente, la noche más importante de la historia

Berlín siempre ha sido la capital espiritual del techno



Actualidad

¡Al carajo Sendero Luminoso, yo quiero una novia punk!

Una generación obligada a refugiarse.



Reportajes

Fue el mejor alumno de su promoción y ahora trabaja en un súper... por convicción



Actualidad

Madrid gana la Champions... de la desigualdad del siglo XXI

Compara trece ciudades, entre ellas Londres, Amsterdam, Viena, Praga, Atenas, Estocolmo o Milán

PlayGround

© 2015
PlayGround Comunicación S.L.
All rights reserved

Terminos de uso »

Publicidad »

Quienes somos »

